

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA MODERNA



No
585

25
cts

WILLIAM POWELL

KAY FRANCIS

EL GIGOLÓ

LA NOVELA
SEMANAL CINEMATOGRAFICA
MODERNA
EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN: **Francisco - Mario Bistagne**
Pasaje de la Paz, 10 bis · Teléfono 18551

AÑO XI BARCELONA N.º 585

LADIES' MAN 1931

EL GIGOLO

Comedia interesantísima, interpretada por
William Powell, Kay Francis, etc.



Es un film **PARAMOUNT**

Distribuido por

PARAMOUNT FILMS, S. A.

Paseo de Gracia, 91

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
RICARDO PLUGA

EL GIGOLÓ

Argumento de la película

Jamie Darricott, elegantísimo, impecable de distinción con su traje cortado sobre los patrones, no de la temporada, sino del mes, y acaso de la semana, entró en el Metropole, el hotel aristocrático de Nueva York. El portero, los criados y todos cuantos estaban al servicio del hotel, se quitaban la gorra a su presencia. El contestaba a todos con un leve movimiento de mano, amable y displicente.

En el puesto de periódicos, el dueño le entregó un manojo de ellos, preparado y apartado previamente, y en el de tabaco, que estaba al lado de aquél, recibió del dueño un paquete de cigarrillos.

Uno y otro, al hacer la entrega, saludaron servicialmente a míster Darricott y a los dos contestó él con aquel gesto leve, amable y lleno de señoril displicencia.

No pagó ni el tabaco ni los periódicos. Ya se encargaría de eso su criado.

Cuarenta dólares semanales en diarios y revistas—dijo el encargado del puesto de periódicos.

—Y treinta y cinco de cigarrillos—repuso el vendedor de tabaco—. ¿No le parece a usted que son cifras demasiado elevadas para quien no paga puntualmente?

—No tema usted. A míster Darricott puede dársele todo cuanto pida. Sus negocios son de los que nunca fallan.

—¿Negocios?—inquirió el tabaquero irónicamente.

—Sí, negocios. Cada cual explota sus cualidades. Unos las tienen para el comercio, otros para el arte, otros... para el *flirt*. Míster Darricott es de estos últimos.

—Dígallo usted claramente—repuso el tabaquero bajando la voz—. Míster Darricott es un—y todavía bajó más la voz para pronunciar la palabra—*gigolo*.

Repartiendo inclinaciones de cabeza, el gentil huésped había llegado al ascensor.

—Buenas tardes, míster Darricott—dijo el botones que le abrió la puerta.

—Buenas tardes—repitió el empleado que estaba dentro.

Y para los dos tuvo aquel gesto fríamente exquisito y amable.

El ascensor se detuvo en el piso treinta y ocho.

Leyendo los periódicos, míster Darricott avanzó a lo largo del pasillo. De pronto se detuvo. Miró a un lado y a otro y, convencido de que nadie le veía, abrió la puertecilla de la escalera que conducía a los pisos superiores, a aquellas habitaciones destinadas a la servidumbre de los huéspedes.

Entró en una de ellas, de mobiliario extremadamente humilde, reducidas dimensiones y techo bajo, donde resultó casi cómico el hecho de que un criado acudiera solícitamente a tomar el bastón, el sombrero y los periódicos.

—¿Algo nuevo? —preguntó míster Darricott al mismo tiempo que se deshacía el nudo de la corbata.

—Dos llamadas telefónicas de antiguas clientes. La viuda de...

—No me digas el nombre. Es inútil. Esta noche estoy muy ocupado. ¿Alguna cuenta?

—Alguna, señor.
—Bien. Pronto se pagará todo... Y tú también cobrarás.

—Ya sabe el señor que por mí no ha de preocuparse. Prefiero estar a su servicio en estas condiciones que al de un gran duque aunque me pagara a peso de oro. Es otra vida, señor.

—¿El baño?
—Está listo.
Le abrió una puertecilla y Jamie desapareció tras ella. En el cuarto de baño se oía el fluir del agua sobre la bañera de cinc...

II

En casa del banquero Horacio Faudley.

En aquella sociedad aristocrática, en aquel ambiente de lujo y esplendor, Jamie Darricott estaba en su centro.

Era el más exquisito, el más elegante, el más gentil en aquella escuela de exquisitez y gentileza.

La señora de Faudley y míster Darricott se habían conocido en el Metropole con ocasión de una fiesta aristocrática. Desde entonces había recibido Jamie repetidas invitaciones de la distinguida dama para las reuniones que se celebraban en su casa palacio. Y aquella amistad se había ido estrechando más y más hasta llegar a la predilección.

Horacio Faudley fué el primero en ausentarse. Una reunión de consejeros.

Raquel, la hija de los señores de Faudley, una preciosa criatura, en cuyos ojos, hermosísimos pero fatigados, se trascubrían las consecuencias de un régimen de vida excesivamente distinguido, se mostraba aquella noche más nerviosa que de costumbre. Había agotado las provisiones de su pitillero de oro. De pronto dijo a uno de los amigos jóvenes de la casa:

—Vámonos. Tengo ganas de bailar.

Tony Faudley se disculpó también ante su madre de no poder acompañarla. Tenía compromisos. Asuntos inaplazables. Y así fué cómo, al fin, se quedaron solos la señora de Faudley y Jamie Darricott.

—No tendrá usted más remedio que cargar conmigo—dijo la dama a Jamie.

—Así dijo el peregrino que se encontró un saco de perlas: “He de cargar con él”.

—¿Le parece que vayamos a la ópera?

—Es una magnífica idea.

—Espere unos segundos. Voy a arreglarme.

Mientras se arreglaba, Jamie paseó por los salones, fumó cigarrillos y curioseó cuadros, tapices, objetos decorativos.

Estaba contemplando un retrato de Potemkin cuando llegó la señora de Faudley, deslumbrante de joyas y espléndida de elegancia con su vestido de soirée.

—¿Le gusta el cuadro?

—Me encanta. Ese Potemkin hizo al fin suerte encontrando a Catalina.

—Pero tuvo un fin trágico.

—¿Qué importa el fin cuando pudo vivir en la grandeza gracias al amor y a la generosidad de una mujer?

—Fué una generosidad interesada. Ella fué feliz sintiéndose amada por él. Y, al fin, murió por aquel amor peligroso, por aquella mujer.

—¡Hermoso fin!

Terminaron el diálogo mirándose a los ojos. Ella desvió la mirada como para alejar una tentación.

—¿Vamos?

—Vamos.

Un soberbio automóvil los condujo por las soberbias vías, desbordantes de luces y de tráfico, de la gran población.

De pronto, la señora de Faudley, dijo:

—Creo que es muy tarde para ir a la ópera. ¿No será más entretenido un rato de charla en sus habitaciones del Metropole?

—Imposible—repuso Jamie en el acto, pero sin alterarse—. Esta noche las he cedido a un amigo. Sin embargo, la perspectiva de una conversación en la intimidad, me subyuga.

—Entonces, nos será fácil encontrar el refugio que substituya sus habitaciones del Metropole.

Cogió el tubo acústico y dió al chofer una dirección.

Minutos después, en la intimidad de un reservado, hablaban y bebían.

La señora de Faudley se lanzó por la pendiente de las confidencias. Quejas contra su vida en la que el amor brillaba por su ausencia. Eso era lo único que le faltaba.

Más tarde confesó que creía haberlo encontrado. Y, en seguida, declaró que el hallazgo se produjo cuando conoció a Jamie.

Y el lazo de la intimidad se fué estrechando, estrechando hasta que no pudo dar más de sí.

III

El joyero examinaba las dos magníficas pulseras.

—¿Cinco mil?—inquirió levantando la vista hacia Jamie.

—Seis mil—repuso éste.

—Bien. Le enviaré el cheque, como de costumbre.

—Perfectamente.

A la puerta de la joyería le esperaba un auto con uniformado chofer, y, apenas el coche había partido, un nuevo cliente entró en la joyería.

—Permítame que examine esos brazaletes.

—Con mucho gusto, amigo. E incluso le daré algunos informes que han de facilitar su labor policiaca. Las joyas pertenecen a la esposa de un famoso banquero. Pero no son robadas. Es un modo prudente de compensar los sacrificios sentimentales de míster Darricott. Los cheques requieren la firma. Las joyas, en cambio, pueden convertirse en dinero sin que medie ningún documento comprometedor. Todo legal, amigo mío.

—Y todo inmoral—sonrió el policía.

Míster Darricott, como de costumbre, recogió sus periódicos y sus cigarrillos. El ascensor le dejó en el piso treinta y ocho, pero esta vez

Jamie pasó de largo por delante de la puertecilla que conducía a las habitaciones de la servidumbre.

Abrió, en cambio, la de uno de los lujosos departamentos del piso treinta y ocho.

El criado llevaba un uniforme nuevo. Un pequeño recibimiento y un espacioso salón. Dormitorio, cuarto de baño. Todo decorado y amueblado con lujo.

Después de bañarse y de cambiar su traje de tarde por el de etiqueta, bajó al comedor. Pero antes de entrar en él se encontró con Raquel Faudley, envuelta en rosas, pieles y joyas.

El escote exagerado de su vestido de *soirée* mostraba maravillas de jazmín y rosa, y el oro de sus cabellos jugaba en prodigios de armonía con el azul de sus ojos y con el rojo húmedo y vivo de sus labios.

—¡Qué sorpresa tan agradable!—exclamó Jamie galantemente.

—En seguida veremos si eso es verdad o pura fórmula—repuso Raquel con su habitual desenfado.

—¿Cómo lo puede usted dudar? No acostumbro decir una cosa por otra.

—Yo tampoco. Bien sabe usted que soy muy franca. Por eso voy a decirle sin más preámbulos que mi madre no puede venir y que yo vengo para que no espere usted inútilmente.

—¿La ha mandado ella?

—Sí, pero sólo a comunicarle su imposibilidad de acudir a la cita. De lo que venga después yo soy la única responsable.

—¿De lo que venga después?

—Sí. A menos que usted se niegue, no me separaré de usted en toda la velada. Primero, cenaremos. Después, al cabaret o al teatro. Después... ¿quién sabe lo que ocurrirá después?... ¿Le desagrada?

—Me sorprende.

—Pues hace mucho tiempo que deseaba poder estar a solas con usted. Hace mucho tiempo que tengo celos de mi madre. ¿No me ofrece usted el brazo para ir al comedor?

Mister Darricot le ofreció el brazo.

* * *

El criado le avisó de que eran las doce, cuando leía los periódicos junto a la chimenea.

—¿Las doce? ¡Ah, sí! He de ir a la fiesta de los Faudley en honor de Raquel. Prepara las cosas.

Cuando el automóvil se detuvo ante la casa del banquero, Jamie dijo al chofer que le esperara.

—Saldré en seguida. No te vayas.

Iba a llamar cuando se abrió la puerta y tuvo que retirarse para ceder el paso a dos damas, una de edad y otra joven y hermosísima.

Esta fué la última en salir. Sucedió algo extraño entre ella y mister Darricot. Quedaron como engarzados por las miradas.

La señora de edad tuvo que volverse para llamar a la otra.

—¿Vamos?

—Sí, tía—repuso la joven como despertando de un sueño.

Y también Darricott pareció volver a la realidad.

—¿Quién es, tía?—preguntó la joven cuando Jamie hubo entrado en la casa.

—Jamie Darricot, el favorito de las damas. Ahora es el *caballero de compañía* de la señora de Faudley. ¿Le conoces?

—No, es la primera vez que le veo.

—Pues cuidado con él, hijita. Es sumamente peligroso.

La señora de Faudley estaba impaciente por la tardanza de mister Darricott y su imprudencia la llevaba a no disimularlo.

Raquel estaba, además de impaciente, furiosa. Al pasar por el lado de su madre, oyó que hablaba de él con una amiga y, como trataban de disculpar su retraso, la joven intervino:

—Es una falta de atención para mí que no le perdonaré. De ahí al desdén y a la grosería, hay un paso.

Y se fué a buscar una panacea para sus nervios en sus rigarrillos orientales.

La señora de Faudley se había apartado también de su amiga, para devorar con los ojos la esfera del reloj que, imperturbablemente, contaba las horas en el vestíbulo.

Inesperadamente, oyó la voz de Tony:

—Mamá.

Se volvió. Su hijo la miraba severamente.

—¿Qué se te ofrece, Tony?

—Míster Darricott acaba de bajar de su automóvil.

—¡Gracias a Dios!

—Y quiero decirte que ese hombre trae a nuestra casa la murmuración.

—¡Bah!

—No trates de quitarle importancia, porque la tiene. La gente te acusa. ¿No crees que ha llegado el momento de que les pares los pies?

—Pero, Tony, ¿crees que voy a sacrificarme por la opinión ajena? Es la envidia la que murmura y, para ella, sólo desprecio tengo yo.

—Mamá, quiero decirte que ese hombre y yo somos incompatibles. No puedo estar donde él esté. De modo que, si tú le dejas entrar, tendré que marcharme yo.

Había una fría e inexorable resolución en sus palabras. La señora de Faudley comprendió que todo intento de conciliación era inútil.

—Bien—repuso—. Haz lo que te parezca.

Tony dió media vuelta y salió de la casa, al mismo tiempo que entraba Jamie.

La señora de Faudley fué a su encuentro con inocultable vehemencia. Entraron juntos en el salón. Ella le reconvenía por su retraso, en voz tan alta, que él tuvo que recomendarle un poco de discreción. Pero ¿acaso podía haberla en aquel corazón febril y enloquecido?

Se acercó Raquel.

Jamie inició una galantería. Pero ella la rechazó con franca evidencia.

—No admito su hipocresía, míster Darricott. Esta velada es en honor mío y usted ha llegado

cuando estaba a punto de terminar. No puedo perdonar semejante ofensa.

—¡Raquel!—exclamó severamente su madre. Pero ella rió con sarcasmo.

—Tú harás bien en cuidarte de ti y en ponerte menos en evidencia.

IV

De la memoria de míster Darricott no se apartaban aquellos ojos vistos por un momento al entrar en casa de los Faudley.

La casualidad quiso que la encontrase en el vestíbulo de un gran hotel.

Estaba sentada en un sillón, hojeando revistas. Sobre el velador que había a su lado descansaba el manguito. Jamie se sentó en el sofá, situado a espaldas de la lectora y en seguida vió en el manguito el puente que había de conducirle a la amistad de la hermosa desconocida.

Lo empujó disimuladamente con el bastón y el manguito rodó por la alfombra. Al mismo tiempo que la de la dama, la mano de Jamie se tendía hacia la piel y, simultáneamente también, levantaron los ojos y volvieron a sentirse mutuamente fascinados.

Pero ella reaccionó inmediatamente.

—Gracias—dijo volviendo a bajar la mirada sobre las páginas de la revista.

Pero él no estaba dispuesto a desaprovechar la ocasión.

—Perdóname, señorita. ¿Dónde he visto yo sus ojos? ¿Lo sabe usted?

—¿Cómo voy a saberlo?—contestó ella sin levantar apenas la mirada de la revista—. Tal vez en otra mujer.

—Estoy seguro de que eso no es posible. ¿Una confusión quiere usted decir?

—No tiene importancia — dijo la dama con aparente indiferencia y, al parecer, cada vez más interesada en la lectura.

Jamie, lejos de desanimarse, se sentó en la butaca de al lado.

—No puedo menos de ser impertinente. Ahora ya se dónde vi esos ojos. Fué anoche, cuando usted salió con su tía de casa de los Faudley.

—¿Mi tía? ¿Cómo sabe que lo es?—inquirió ella con curiosidad.

—La conozco. Es sumamente simpática. ¿No vió usted cómo la saludaba anoche?

—No vi nada.

—¿Ni siquiera a mí?

—Voy a satisfacer su vanidad. Sí, recuerdo que le vi anoche.

—¿Le dijo algo de mí su tía?

—Algo me dijo.

—Malo?

—Para usted no. Me dijo que era usted un hombre peligroso.

—Es una injusticia, créame. Sería peligroso si usara el ardid y el disimulo. Pero mi vir-

tad o mi defecto principal es la franqueza. ¿Cree usted realmente que soy peligroso?

—Para mí no. Por fortuna, soy dueña de mis actos.

Y otra vez volvió a pasar hojas de la revista.

—Me alegro. Así podemos hablar tranquilamente. ¿Espera usted a alguien?

—A mi tía.

—Pues permítame que la distraiga durante la espera. Aceite usted mi conversación como un periódico más. Yo hablaré. Usted escuche o lea.

Cerró la dama el periódico y lo dejó sobre el velador.

—No quieró parecer desatenta. Hable usted cuanto guste.

—Gracias. Es usted tan amable como...

—Hermosa. ¿Es eso lo que iba usted a decir?

—Exacto.

—No es difícil adivinar las palabras de un seductor.

—Pronto se convencerá usted de que es injusta al calificarme así. Me complace extraordinariamente hablar con usted. Eso es todo.

—Así sea.

—No es usted de Nueva York, ¿verdad?

—No.

—¿Ha venido usted por unos días?

—Me marchó esta noche.

—¡Qué fatalidad! Por primera vez en mi vida siento una simpatía profunda y verdadera y el objeto de ella se desvanece de pronto como

el humo. Si usted retrasara sólo por un día el viaje...

—¿Qué haría usted?

—Mostrarle la ciudad.

—¿Tiene usted vocación de guía?



—Si usted retrasara sólo por un día el viaje...

—Ante usted tengo vocación de todo.

—Realmente, es una perspectiva seductora. Veinticuatro horas con el favorito de las damas. ¿Sabe usted que estoy a punto de retrasar el viaje?

—Hágalo usted.

—Pero ¿qué dirá mi tía?

—No le faltará alguna excusa.

—Mi familia me espera.

—Telegrafíe usted la misma excusa a su familia.

—Bien. Accedo. ¿Cuándo empezará usted a enseñarme la ciudad?

—¿Esta noche. ¿No le parece?

—Sí... Pero silencio. Ahí viene mi tía.

—¿Aquí? —preguntó Jamie en voz baja.

—Sí. A las nueve.

—Su nombre.

—Norma Page.

Había dado el nombre en un susurro apenas perceptible porque su tía había llegado ya junto a ellos y saludaba a Jamie.

—Siento interrumpirles, mister Darricott —dijo con cierta ironía.

—He sido un puro entretenimiento para su sobrina durante la espera.

—Entonces, gracias.

—Las gracias he de darlas yo a usted, señora, por haberme proporcionado la ocasión de servir de entretenimiento a la señorita Page.

Estrechó la mano que Norma le tendía y le pareció que aquel apretón firme y sincero era una confirmación de lo que con palabras habían convenido.

V

Quedó sorprendido al llegar al hotel y enterarse de que Norma se había marchado.

Pero le había dejado una carta que leyó avídamente. Dos líneas francas y escuetas:

"Me he arrepentido un poco por temor a usted y otro poco por temor a mí misma."

Consultó el reloj. Faltaba un cuarto de hora para la salida del tren. Volvió al auto.

—A la estación—dijo— y a toda velocidad.

Cinco minutos tardó en llegar. Se situó en la puerta para ver entrar a los viajeros. Estaba seguro de haber llegado antes que Norma. Intentaría impedir que entrara y, si no lo conseguía, al menos se despediría de ella.

Devoraba con los ojos a la multitud que se apiñaba en la puerta. Pasó no sabía cuánto tiempo. De pronto oyó que el tren se ponía en movimiento y le dominó una desolación infinita. Sin duda, Norma había llegado a la estación antes que él y se marchaba, sin dejarle siquiera el sabor de la despedida.

Pero he aquí que, de pronto, oyó su voz.

Se volvió rápidamente. Era ella.

—¡Norma! ¡Qué alegría! Creí que se había usted marchado.

—He vuelto a cambiar de idea. Estaba se-

gura de que le encontraría aquí y he venido después de dejar a mi tía en el hotel. ¿Vamos?

—Donde usted quiera.

—No. Usted es el guía.

Fueron a un cabaret de lujo, donde tuvieron la desgracia de encontrarse con Raquel.

La acompañaba Peyton, su más pertinaz pretendiente y los dos estaban embriagados.

Raquel se abalanzó sobre Jamie. El alcohol había extremado su audacia y su sinceridad hasta lo inaudito.

Peyton se había sentado con ella a la mesa que mister Darricott ocupaba. Raquel lo rechazó violentamente:

—¡Vete ya! No me haces maldita la falta teniendo a mi Jamie.

—Pero Jamie tiene ya a su dama—repuso Peyton con risa burlona.

—Ella también se irá. Jamie es sólo para mí. ¿Verdad, amor mío?

Le abrazó. El la rechazó suavemente.

—Debe marcharse, Raquel.

—De aquí sólo saldré contigo.

—Si usted no obedece, dejaremos de ser buenos amigos.

—No, Jamie, eso no—gimió Raquel—. ¡Qué triste es tener que dejarse dominar por un hombre!

—Lo hago por su bien. Peyton la acompañará.

Y los dos se fueron tambaleándose.

Norma comenzó a sentirse molesta al seguir siendo blanco de todas las miradas y pidió a Jamie la llevara a otro sitio.

Y de nuevo el auto los llevó por las calles de la urbe.

—¿Adónde me lleva, Jamie? —preguntó Norma.

—Al Metropole. Desde el balcón de mi departamento el panorama de la ciudad iluminada es soberbio.

—¿Me promete usted contentarse con mostrarme la ciudad desde su balcón?

—Se lo prometo.

—Entonces no tengo nada que oponer.

—Ahora y siempre me someteré sin condiciones a su voluntad.

Lo primero que vieron al entrar fué el abrigo de Raquel abandonado sobre un mueble.

Ni Norma ni Jamie disimularon un gesto de contrariedad.

El criado se disculpó, compungido:

—No he podido evitarlo, señor. Incluso ha intentado pegarme.

En seguida apareció Raquel, riendo y dando voces.

—¿De veras creías que iba a obedecerte? ¡Yo que ni siquiera obedezco a mi madre!...

Se puso de pronto seria, encarándose con Norma.

—Y usted haga el favor de dejarlo en paz. Jamie es para mí. Se casará conmigo. Y, si se niega, le mataré.

Ella misma se horrorizó de sus propias palabras y se echó a llorar.

—¡Perdón! ¡Perdón! No he querido decir eso.

Jamie la tuvo que sujetar para que no cayera.

—¿Dónde está Peyton?

—Le he despedido. Sólo le he dejado acompañarme hasta la puerta. Es estúpido y odioso. ¡Tener la pretensión de casarse conmigo! ¿No te parece cómico, Jamie? ¡Casarse conmigo estando tú en el mundo! ¡Ja, ja, ja! ¡Dejadme que me ría!

Y rió desaforadamente, pasando al fin de la risa al llanto en inopinada transición.

Norma se apiadó de ella.

—Debe usted descansar. ¿Qué dirían en su casa si la vieran en este estado?

—Sí, Norma —dijo Jamie—. Acuéstela. Aquella es mi habitación. Cuando se despeje la llevaremos a casa.

Norma había cogido a Raquel por el talle y ésta se debatía furiosamente.

—¡No me toque! ¡No quiero ni verla! ¡Es usted mi rival!

Pero sus fuerzas eran muy escasas y Norma la dominó fácilmente.

Cuando volvió al lado de Jamie, éste se disculpó:

—Perdóname. Le estoy dando la noche.

—Usted no tiene la culpa. Son ellas las culpables.

Y, apenas hubo pronunciado Norma estas palabras, se oyó un vivo cambio de palabras en el vestíbulo, entre el criado y una voz que Jamie no reconoció de momento, y apareció Tony en el salón.

Su semblante estaba pálido y descompuesto.

—¿Dónde está mi hermana?

Y antes de que Jamie pudiera defender a Raquel con la mentira, Tony añadió:

—Es inútil que trate de engañarme. Peyton me ha telefoneado diciéndome que la ha dejado aquí. ¡Diga en seguida dónde está si no quiere que!...

Se iba a abalanzar sobre él pero Raquel apareció en este momento en el umbral y le detuvo con un grito.

Después se interpuso entre Jamie y su hermano.

—El no tiene la culpa—dijo al mismo tiempo que daba un traspie y caía en brazos de Tony. —Los hombres sois ciegos. ¿No ves que las únicas culpables somos nosotras? ¿No ves que somos nosotras las que le seguimos sacrificando la dignidad y, a veces el honor? ¡Bah! Los hombres no sabéis nada de esto. Sois ciegos o tontos.

Tony miraba ferozmente a míster Darricott. Lamentaba que Raquel, con sus explicaciones, le hubiera impedido desahogar el odio que el seductor le inspiraba.

Jamie permanecía imperturbable. Sin duda no era la primera vez que se encontraba en un caso parecido.

—¡Vámonos, vámonos!—dijo Tony cogiendo a Raquel por la cintura.

Antes de salir se volvió:

—Cuide de que no le vuelva a ver con mi hermana—declaró amenazadoramente.

Al salir dió un portazo.

—Está visto que no nos van a dejar en paz

—dijo Jamie—. Ya estará usted arrepentida de no haberse marchado.

—Al contrario. Ahora empiezo a comprender que he hecho bien en quedarme.



—El no tiene la culpa.

—¿De veras?—inquirió Jamie con un gesto de ilusión infantil.

—De veras.

El la abrazó suavemente, pero ella, suavemente también, se desprendió del abrazo.

—Mañana hablaremos. Venga usted a tomar el te. Ahora debo irme. Es demasiado tarde.

—Lo que usted quiera. Siempre lo que usted quiera.

VI

Poco a poco fueron sintiéndose unidos por las confidencias.

La palabra amor se había escapado de los labios de Jamie, y Norma, no pudiendo darle una negativa, repuso con un lamento:

—¡Pero ahí está su pasado... y su presente!

—Mi presente, no—se apresuró Jamie a replazar—. Desde este momento, mejor dicho, desde ayer, he dejado de ser lo que era para convertirme en lo que usted crea que debo ser.

—Pero ¿y ellas? ¿No sufre su conciencia al romper, por ejemplo, con la señora de Faudley?

—¿Mi conciencia? Acaso esté un poco embobada por la agitación de mi vida. Pero no acepto plenamente la responsabilidad de mis aventuras de amor. Yo no he mentido nunca. Yo he ido siempre con la verdad en la mano. Es más: no he hecho, sino que he dejado hacer. Ellas me arrastraron a esta situación que ahora, ante usted, me parece humillante. Empecé dedicándome a comprar y vender valores. Mis clientes eran mujeres y hombres, pero dejé a éstos y me dediqué enteramente a aquéllas porque ellas compraban y ellos no. Le aseguro que mis visitas no tenían otra finalidad que la

de colocar y adquirir valores, pero ellas me ofrecieron esos otros negocios más fáciles. Y así ha sido siempre. ¿No oyó lo que dijo anoche Raquel? Créame. Mi responsabilidad es muy relativa.

—Y desde ahora?

—El gigolo ha muerto. De eso puedo responderle.

—¿Está usted seguro de amarme?

—Estoy profundamente convencido. Siento algo nuevo y maravilloso que me convierte en otro hombre distinto. Trace usted el plan de mi vida y lo seguiré ciegamente. ¿Quiere usted una prueba más definitiva de que le amo?

Se había sentado en el sofá, al lado de ella, y sus manos no la rozaban ni siquiera la ropa. Ello era obra de un sublime respeto que se traslucía claramente en sus ojos.

Norma, por toda respuesta, apoyó su cabeza en el hombro de Jamie y murmuró:

—Yo también te amo.

* * *

En su magnífico despacho, Horacio Faudley hablaba con el dueño de una joyería.

—La policía lo ha averiguado todo—decía el banquero—. Sólo necesito una confirmación de usted. ¿Es mister Darricott el que le vendió estas joyas?—y le mostraba unos brazaletes recogidos de la joyería por los agentes.

El joyero vacilaba.

Faudley halló el argumento que había de convencerle,

—Le advierto que usted no perderá nada. Ni siquiera el tiempo que ha empleado en venir aquí desde su establecimiento.

—Pues bien—confesó el joyero—, puesto que usted lo sabe, sí, es míster Darricott el que me ha vendido esas joyas.

—Gracias. Es todo lo que quería saber. Repito: usted no perderá nada, absolutamente nada.

Se marchó el joyero.

Faudley quedó pensativo, con la mano crispada sobre el montón de joyas.

Salió del banco y se dirigió a su casa. Encotró a su esposa muy atareada en el tocador y vestida a la antigua. Recordó que aquella noche había de celebrarse en el Metropole un baile de trajes cuya dirección corría a cargo de su esposa y de míster Darricott, ella disfrazada de Catalina y él de Potemkin.

—¡Admirable caracterización! —dijo con una ironía que la infeliz no llegó a percibir.

—¿Te gusta el traje? Me alegro. ¡Lástima que tú no hayas querido desempeñar el papel de Potemkin!

—¡Bah! No falta quién me sustituya. Es más: creo que a nadie sentará tan bien el traje de Potemkin como a míster Darricott.

Al mismo tiempo, en el departamento que ocupaba en el Metropole, Jamie, ya casi vestido con el disfraz, esperaba el momento del baile.

Le acompañaba Norma. Ella había sido la primera en animarle a tomar parte en aquella fiesta para la que se había comprometido antes de adquirir el compromiso que ahora le unía a Norma.

Era indulgente y comprensiva. Además, estaba bien segura del amor de aquel hombre que, viviendo siempre en un ambiente de aventura, entre las mujeres más bellas y codiciadas, no se había enamorado hasta conocerla a ella.

—Es mi última farsa, Norma —decía él—. Después de esto todo cambiará en mi vida. Nos alejaremos de Nueva York tan pronto como nos casemos. Tengo grandes deseos de demostrarle la conversión que tus ojos han operado en mí.

Llamaron de pronto a la puerta y se presentó la señora de Faudley.

Al verle acompañado de Norma, tuvo para ella una mirada de odio.

—Deseo hablar a solas contigo —declaró.

—Precisamente me iba a marchar en este momento —sonrió Norma—. Adiós, Jamie. Nos veremos después.

Pero míster Darricott la detuvo.

—¿Por qué te has de marchar? Tu deber está aquí. Toda farsa es ya inútil.

Y, volviéndose a la señora de Faudley, añadió:

—Miss Page y yo hemos decidido casarnos.

La señora Faudley les miró con ojos desparados. Estaba intensamente pálida, muda de horror y de sorpresa.

—Hasta luego, Jamie —insistió Norma—. He de preparar mi viaje.

El la acompañó hasta la puerta. Después volvió al lado de la señora de Faudley.

—Siento haber tenido que hacer tan desagradable manifestación en este momento. Pensaba dejarlo para mejor oportunidad.

Ella se irguió fieramente.

—Pero ¿tú crees que voy a consentirlo? Oye-me bien, Jamie. Si no desistes de tu propósito, te mataré.



—¿Por qué te has de marchar? Tu deber está aquí.

El no se conmovió lo más mínimo. Esperaba aquella amenaza. Su sorpresa y la de su amante fué cuando el señor Faudley apareció en el umbral.

El banquero se detuvo ante ellos, mirando a míster Darricott fría y largamente.

Ella se sobrepuso y trató de decir algo, pero su esposo lo impidió:

—Vete! He de hablar a solas con míster Darricott.

Hubo en estas palabras algo contundente y temible que forzó a la señora de Faudley a obedecer.



—He de hablar a solas con míster Darricott.

Cuando quedaron solos, Jamie se dirigió a la chimenea. Tomó de la caja un cigarrillo, lo encendió y comenzó a fumar apoyado en la repisa.

Míster Faudley se fué hacia él y sacó rápidamente un revólver.

—Mi esposa ha dicho que le mataría. Voy a ahorrarle ese trabajo.

Jamie, que no había perdido un momento la serenidad, hizo funcionar el interruptor de la luz que quedaba al alcance de su mano e intentó huir. Pero sonaron dos disparos y Jamie se desplomó.

Horacio se acercó a él con el revólver en la mano y una mueca de horror en el rostro. Entonces, míster Darricott levantó la mano rápidamente y se apoderó del revólver, arrojándolo lo más lejos posible.

Se entabló inmediatamente una lucha terrible. Forcejeando y golpeándose, llegaron al balcón. El cuerpo de Jamie quedó doblado sobre la baranda. Con un esfuerzo desesperado, míster Faudley lo levantó en vilo y lo arrojó a la calle.

Estuvo un momento inmovilizado por el horror. Después bajó al gran salón del hotel y ofreció el brazo a su esposa, que esperaba, consumida por la angustia.

—Yo seré Potemkin—dijo de un modo extraño.

Echaron a andar y tras ellos se formó la comitiva de parejas que habían de dar la vuelta al salón, a los acordes de la música, antes de comenzar el baile.

Entraron de pronto dos policías con un trozo de tela en la mano.

Uno de ellos señaló a Horacio.

—Aquél es el asesino. Le falta el bolsillo de la americana, es decir, este trozo de tela que la víctima tenía en la mano.

—Detengámosle!

—No hay prisa. No puede escaparse. Algunos han presenciado la lucha desde abajo, con lo que

quedó desechada la hipótesis de una caída casual. No tiene escape posible. Dejémosle que se divierta.

Llegaron al mismo tiempo Norma y el auto de la ambulancia.



Se desarrolló una escena escalofriante...

Se desarrolló una escena escalofriante de lágrimas y desesperación.

Y sólo una idea pudo consolar a Norma de su dolor infinito, una idea que se condensaba en estas palabras, muchas veces repetidas por ella entre sollozos:

—Pero me ha amado, me ha amado de veras,
he sido su único amor. Y eso nada ni nadie
me lo podrá quitar.

F I N

GRANDIOSO EXITO en las **Ediciones Especiales**, de la película de la emoción

Honrarás a tu madre

por James Dunn, Sally Eilers, Mae Marsh, etc.

Sírvase pedirnos los nuevos catálogos de EDICIONES BISTAGNE y se los remitiremos seguidamente.

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551 - BARCELONA
